

«Recuerdo, cuando palpa el amanecer la noche.
Recuerdo, como anillo de agua circundando la piedra».

Merece también señalarse «Siesta pagana», cuyo colorido y panteísmo sensual permiten una tan vívida evocación, que el motivo poético se nos presenta como corporizado.

Sin exagerar, podemos decir que casi todas las poesías del libro dejaron en nuestra emoción un estremecimiento endeleble. Con este libro, Fausto Soto queda incorporado de hecho a la lista de nuestros mejores poetas jóvenes.—MILTON ROSSEL.



LA QUINTRALA, Poemas dramáticos, por *Daniel de la Vega*.—
Talleres de «El Mercurio».

Pocos poetas chilenos más frescos, diáfanos y espontáneos que Daniel de la Vega. La jubilosa afluencia lírica, la naturalidad de la expresión poética, el don innato del ritmo y la frase musical, el color y la belleza de las imágenes revelan al ser que vive en estado de inspiración, de gracia, como dijera D'Annunzio.

La mayoría de los poetas lo son por excepción. En ocasiones solemnes acuden al verso para conmemorar episodios trascendentales de su vida, y bajan apresurados a la prosa cotidiana para no marearse en el aire delgado de la altura. Cuando elevan el canto se les advierte el rostro congestionado por el esfuerzo y se oye el jadeo de la fatiga. De la Vega, que vive por y para el arte, que tiene al verso y a la prosa lírica por modos cotidianos de expresión, nos muestra que la poesía, como Dios, está en todas partes, para los hombres de fe profunda y buena voluntad. Que las almas puras hallan belleza en todo, como la flor hace perfume del lodo, como el fuego hace luz de materiales heterogéneos.

Rasgos esenciales de la obra del autor de «Ménade» son su fe incommovible en un devenir espiritual y en un futuro mejor

para la humanidad. Dotado de amplia visión y de esas percepciones intuitivas que son la antena de las naturalezas poéticas y filosóficas, su esperanza parece haberse fortalecido ante los quebrantos y trastornos, ante el éxito del materialismo y la apoteosis de la vulgaridad. Sin caer en el optimismo ingenuo del doctor Panglos, mientras su ceño se frunce ante las injusticias y los egoísmos, su esperanza sonrío de estas miserias humanas y nos dice que ellas son herramientas necesarias en la evolución hacia el bien y la belleza, como en el árbol las espinas defienden su amor que se entrega en aromas, flores y frutos, como el edificio necesita asentarse en rudos peñascos para abrir sus puertas al peregrino, sus balcones a los horizontes y para levantar terrazas que miran a las estrellas. De la Vega nos dice en su poesía que la crueldad, el odio, el egoísmo, la guerra, son etapas en que el hombre actuó impulsado por amor a sí mismo, a su tribu, a su familia. Está muy cerca el período animal. Los instintos de ataque y defensa son aún muy violentos. Déjense crecer las uñas del hombre y la mano trabajadora se convertirá en zarpa hiriente. Pero el círculo de amor del hombre se dilata. Pasa a la familia, a la patria, a la humanidad. Cumplida su saludable misión de formar y defender al individuo, el odio queda ocioso. Falto de empleo y ejercicio comienza a atrofiarse, y entonces el amor va tomando su sitio a medida que se advierte que no son tantos los peligros que corremos, que el aislamiento es estéril, que necesitamos conocer y simpatizar con otras almas para conocer la nuestra. No es tan difícil la transición del odio al altruísmo, como muchos creen. Basta considerar que el odio es amor a sí mismo y temor a los demás. En el altruísmo el amor llega hasta los otros y el círculo del temor se aleja. Cuando nuestra personalidad es muy limitada cree hallar su puesto, su antagonista, en todas partes, y es recelosa y desconfiada, está siempre en guardia contra peligros imaginarios. A medida que se desarrolla va descubriéndose semejanzas en elementos que antes consideraba hostiles y se va hallando inesperadas vinculaciones en el mundo que la

circunda. Es necesario que en el terreno volcánico libren primero una ruda batalla las malezas para ablandar la tierra y hacer posible una flora benigna. Hacía falta que las hordas salvajes y las tribus bárbaras pelearan ferozmente y regaran con sangre el suelo para que puedan alguna día vivir razas fraternales que laboren cantando.

La fe de Daniel de la Vega en la perfectibilidad del hombre, en el mejoramiento general de la sociedad, en que una época de idealidad y esperanza ha de seguir a esta edad de tristeza materialista, se afirma en muchos de sus poemas. Citaremos sólo «Oriente», uno de sus aciertos máximos, «Fuego», «Los Tiempos se Acercan».

Al lado de estos altos y trascendentales aspectos, subsisten en de la Vega, como modalidades secundarias de su personalidad, la remembranza emocionada de un pasado bohemio y aventurero, lleno de locas ilusiones juveniles, y cierta actitud de jactancia varonil, que a veces bordea en el donjuanismo y en el sadismo. esto sirve, tal vez, para darle más variedad y carácter a su poesía.

Citaremos al azar algunos versos del poeta, que se han quedado en la memoria:

DANTE

Altivo y solitario, alzas tu perfil duro,
sobre tu siglo en llamas que te envidia y te asedia,
y desdeñosamente arrojas el obscuro
torrente de tercetos de bronce en la Edad Media.

Surgiste. Ante tu verso forjado en fuego eterno
el destino cayó de rodillas, sumiso,
y luego de arrojar tus odios al infierno
tu sandalia pisó tierra del paraíso.

Aunque tu corazón llegó lleno de estrellas
y era tu pecho claro de una estirpe divina
tus odios desgarraron las rimas y por ellas
todavía gotea la sangre florentina.

Y ese tu amor montaña. Forzaste la sonora
puerta del Más Allá persiguiendo su huella,
y en su perfil pusiste tanto encanto que ahora
cada mujer amada se parece algo a ella.

PORQUE SÉ QUE ME ESPERAS

Soy capaz de vivir
y andar entre los hombres mientras me llega el día,
y ver que aun el sol tiene afán de salir
y que en algunas noches hay luna todavía,
porque sé que me esperas, risueña y calladita,
en el umbral en donde Caronte te dejó;
porque sé que algún día he de ir a la cita
a la cual ningún hombre de la tierra faltó;
porque sé que no muere ningún arranque noble
y allá tienen las almas eterna juventud,
y sé que en algún sitio ya está creciendo el roble
que ha de darme las cuatro tablas de mi ataúd.

Porque todo este mundo que mi tristeza mira,
esta luz, estas rosas, este mar, este prado,
esta tierra que gira
y ese cielo estrellado,
todo esto es solamente el sepulcro profundo
donde mi fe dejó tu cuerpecito inerte,
y donde este perdido caminante del mundo
está perpetuamente meditando en la muerte.

Este sol y esta clara primavera inflamada,
las nubes y los cielos, la montaña y la luz,
no son más que detalles de su tumba adorada,
adornos melancólicos de su blanco ataúd...

De la Vega ha desgranado sus versos jubilosamente en el correr de los días, con algo de la improvisación de la obra periódica. Ha escrito sin duda muchos poemas que quedarán, y en cualquiera de sus versos hay un destello de belleza. Las abejas que salen de sus colmenas regresan siempre trayendo algún polen a sus panales líricos. Pero, a estas alturas, quisiéramos verlo detenerse a meditar, dejar subir el agua en sus represas, y pensar en su mensaje lírico definitivo. La posteridad tiene demasiado de qué ocuparse y no puede conceder mucho espacio.—D. P. B.



FICHEROS Y OTROS FOLLETOS DE MANUEL PEDRO GONZÁLEZ.

Cada tantos meses y con la regularidad de los cambios estacionales recibimos estos claros folletos donde Manuel Pedro González, el joven crítico cubano y Profesor de la Universidad de Los Angeles en California, registra primorosamente las últimas novedades bibliográficas hispanoamericanas. Sus «*Ficheros*» que antes han aparecido en la «*Revista Bimestral Cubana*» son verdaderos índices de nuestra producción intelectual, uno como itinerario crítico de lo que ha salido y tiene relieve desde México hasta Chile y Argentina. El juicio exacto, el análisis comparado de las obras, la concisión y elegancia de sus informes hacen de estos «*Ficheros*» de González una como Historia en movimiento, en continuo devenir y proceso. Sobre las graves Historias literarias que parecen petrificarse y estancarse un poco en los tomos de cuatrocientas o más páginas, tienen sus «*Ficheros*» la ventaja de que siempre están abiertos a la rectificación,